

desde la literatura

Fotografía de Lucero González, serie "Ventura"



Las finanzas del alma

Rafael Pérez Gay

Corría el sexto mes del embarazo. Ella estaba de pie, frente a la ventana con una revista *Medix* bajo el brazo. Las revistas médicas empezaron a formar parte de su vida de la misma forma en que se enquista una voluntad secreta o un anhelo indomable del alma. Me dijo:

—Los fetos adoran a Vivaldi y a Mozart. Los tranquiliza, los hace sentirse queridos. En cambio odian el rock, los pone muy nerviosos.

Por esta razón, durante nueve meses oímos “Las cuatro estaciones”, de Vivaldi y dos o tres Sonatas de Mozart. Por este mismo motivo nos abandonaron Spreeengsteen, los Stones, The Cure y los Kinks. Nos acostumbramos a esta ausencia con resignación casi religiosa, la misma que impuso la serenidad musical de los clásicos, su sabiduría intemporal y victoriosa frente al público de todas las épocas, incluyendo fetos de seis meses de edad. Como sea, expuse mi asombro científico ante una revelación de tamaña envergadura:

—¿Cómo sabes eso?

—Lo leí en La revista *Medix*. Una gran revista.

Me dijo esto mientras se sobaba el vientre como si acariciara una pelota de basquet-ball y estuviera a punto de lanzar un tiro genial sobre mi cabeza.

—¿Y qué más dice? —le pregunté un poco por amor, otro poco porque me interesaba la conducta de mi pequeñísimo vástago.

—Dice que la voz del padre también los serena. No que entiendan —me dijo cuando vio el asomo de un gesto reprobatorio—, el tono de la voz los tranquiliza.

Por esta razón aprendí a decirle pequeños discursos a mi hijo o hija. El método consistía, simplemente, en acercarse al vientre de la madre, ponerse la mano en la boca a modo de altavoz y hablar. Eran pequeñas

cápsulas sobre la vida que a veces tenían un toque de poesía: "Hijo: ¿estás ahí?, ten paciencia, ya saldrás. No te preocupes por nada".

—¿Es todo lo que tienes que decirle? —me dijo muy decepcionada de mi cápsula sobre la vida. —¿Nada más?

—Sí, nada más, no es fácil hablarle a un hijo desconocido —le dije ayudado de un tono que me habría envidiado cualquier pediatra famoso.

Estaba acostada en la cama untándose crema de cacao en el vientre porque, según supe, era fundamental para evitar las estrías cuando la piel volviera a su lugar. Me dijo:

—Entonces cántale algo para que esté tranquilo.

Adopté el método que he descrito arriba y le canté:

Quando te hablen de amor y de ilusiones, y te ofrezcan un sol y un cielo entero, si te acuerdas de mí no me menciones porque vas a sentir amor del bueno

Mi interpretación de "Un mundo raro", del gran José Alfredo Jiménez, no era excelente, pero no se trataba de cantar bien, sino de relajar a mi futuro hijo. Me interrumpió y me dijo:

—¿No sabes algo más infantil?, ¿una ronda o algo?

Tan incalculable es el mañana, que unos días después compramos un libro de canciones infantiles que empezamos a memorizar con desiguales resultados; mientras ella se las aprendía rápido, yo confundía las letras y lograba rimas desconocidas y erráticas.

De esa misma forma diaria y extraña la vida empezó a girar alrededor de la esperanza y la fortuna de un hijo, de esa cosa rara, tan inmaterial como sólida que significa la paternidad y que modifica la vida conocida hasta entonces. También fue la primera vez en que el futuro se plantó en el umbral de la puerta con su equipaje de chantajes, de incertidumbres, de sabor a rutina y vida consumada.

—Está pateando —me dijo con una alarma que mezcló el amor y el orgullo.

Mi silencio atrajo un reproche matutino, inmediato y furioso:

—Nada te importa, parece que no es tu hijo.

La verdad es ésta: a las seis de la mañana nadie puede interesarse por nada que no sea el sueño profundo y feliz de esa hora que incluye la conciencia del día robado al trabajo y puesto en el reposo de una hora más de felicidad. Aun así me comporté como un padre amantísimo, estiré la mano izquierda hasta el vientre redondo y le di tres

cariñosas palmaditas que ocasionaron vientos de 250 kilómetros por hora:

—Pat, pat, pat. Como si fuéramos un perro, es el colmo.

—¿Quieres que le dé un curso de francés a las seis de la mañana? —le dije en defensa del reposo—. ¿Y si no fuera mío? Si hubieras dado rienda suelta a tus pasiones con cualquier hombre y este producto fuera producto —valga la repetición— del engaño, de la pasión ajena, de la locura sexual incontrolable, del delirio prohibido, del secreto y la clandestinidad? Está bien: le daré mi apellido, mi dinero y mi amor, a cambio de una sola cosa: una hora de sueño, ¿trato hecho?

Gané un punto, el primero a mi favor en seis meses, ocho días y seis horas de embarazo, pero me acercó al peligro porque, como ella dice cuando se pone aforística, todo se paga.

Este aforismo ejerció siempre en Evelia una fascinación intempestiva y feliz, casi un afrodisiaco. Lo usaba en especial ante las injusticias de la vida. Cuando un amigo era ofendido y humillado, ella apelaba al gran tribunal de un futuro inasible donde todos los actos serían llamados a cuentas. Era entonces cuando se mordía el labio inferior y luego sentenciaba:

—Todo se paga, no te preocupes.

Cuando estábamos entre amigos era común que alguien preguntara, como acariciando una esperanza o temiendo la existencia de Dios:

—¿Pero cuándo se paga? ¿Cómo se paga?

Como si fuera el mismísimo oráculo de Delfos, Evelia pronunciaba desde el santuario:

—Siempre en esta vida.

El asunto derivaba en duras discusiones, unas raras finanzas del alma:

—Todo tiene un costo en la vida —decía otro amigo—, la traición, el amor, el crimen, la pasión, los hijos.

Alberto, asiduo invitado, siempre se pronunciaba de la misma forma:

—Esta contabilidad del alma me parece más bien una preocupación de sacerdotes y políticos.

Se trataba de una verdad redonda, nada se paga, salvo cuando no hay que pagar.

Y yo pagué más tarde, el mismo día:

—¿Sabías que el doctor Spock participó en las manifestaciones contra la guerra de Vietnam y luego fue miembro activo de varias organizaciones políticas? —me preguntó y me informó al mismo tiempo.

—Qué hombre excepcional —le dije envuelto en la lectura de un libro de Saul Bellow, son más los que mueren de angustia, para ser precisos, cosa que me alejaba de la coherencia política del doctor Spock y su clásico de clásicos, *Tu hijo*. Como sea interrumpí mi lectura y le dije:

—Qué apreciable que un estudioso de la vida del niño se haya preocupado por asuntos políticos urgentes.

Creí que con este elogio terminaba mi relación con el doctor Spock. Me equivoqué, el doctor Spock se volvió un consejero permanente y su libro, más que un manual, se convirtió en una fuente de sabiduría inagotable, el *maitre penseur* de la casa en que vivimos esos días de aquel año de nuestras vidas.

Los maestros pensadores engendran discípulos, escuelas, corrientes del pensamiento. Nosotros y Spock no fuimos la excepción. Por todos lados florecieron libros sobre el simple pero profundo hecho de la reproducción humana. Pero si algo, los *maitre penseur* atraen crisis con el imán de sus revisiones, rupturas epistemológicas. Una de estas rupturas, que en la historia cuestan cambios radicales, revoluciones sangrientas, ocurrió por la sobreproducción ensayística y literaria que sobre el embarazo dejamos crecer en esos meses. Cuando yo buscaba, por ejemplo, mi ejemplar queridísimo de *Satán en Goray* de Bashevis Singer, lo encontraba sepultado bajo *La vida secreta del bebé*, *Viene tu hijo*, *El cuidado del bebé* y *La madre y su hijo*. La misma catástrofe literaria pasó con Montaigne, Borges, Bellow. Entonces mandé los útiles ensayos de pediatras y psicólogos a una reservación; pero no sirvió, al otro día, como si tuvieran una vida propia empeñada en oscurecer la verdadera literatura, se encimaban sobre la novela, el ensayo y la poesía. Durante meses se reprodujo con increíble método este acto mágico de envidia literaria. Así nos pasamos nueve meses buscando a mis autores favoritos mientras oíamos a Vivaldi o a Mozart, ella se untaba crema de cacao en el vientre y yo maldecía a nuestro *maitre penseur*, el doctor Spock.

Una noche de ese tiempo recordé los días brillantes en que Evelia usaba una blusa transparente, sin brassiere. Eramos más jóvenes y no concebíamos la felicidad si ésta no venía de fuera, de una rara aprobación del mundo exterior, desconocíamos los espacios cerrados y la dicha que se desprende de ese escándalo interior. Cuando le

pregunté por qué había dejado de usar blusas transparentes, me dijo esto:

—Porque ahora mis pechos y yo no somos enemigos.

Todos los hombres y las mujeres ponen en un punto físico de su cuerpo su fortaleza, su seguridad, sus ambiciones, algo que los define; no se trata de un atractivo físico sino, más bien, de una personalidad anímica, algo que está más cerca del espíritu, por llamar así a la zona invisible que caracteriza a las personas, más allá de sus peculiaridades. Hay mujeres que ponen su fuerza en las piernas, o en la espalda, o en el vientre y la fuerza centrífuga de su sexo, o en la cara y cierto poder gestual; Evelia centraba su fuerza en sus dos hermosos senos. Toda su fuerza, o su carácter, descansaba en sus pechos redondos, toda su estructura descansaba en esa zona, eran su espíritu. Ella misma atribuía los rasgos de su carácter a la forma de sus pechos. Llegó a desarrollar una rara y original teoría de la senomancia. Así como se leen las manos, ella leía los senos.

—Es muy fácil —me dijo alguna vez—: unos senos redondos de areola breve y pezón alargado delatan a una mujer obstinada y generosa a la que le gusta hablar mientras hace el amor. En cambio, unos senos ovoides de gran areola y pezón corto hablan de una mujer extrovertida, soñadora y que, sin embargo, no pronuncia una palabra mientras hace piruetas en la cama. Las variantes son muchas, pero los senos pequeños, muy pequeños y de largo pezón y areola breve pueden traer el infierno en el breve universo de sus hemisferios: son mujeres apasionadas que acarrearán desgracia a ellas y a su acompañante.

La teoría de la senomancia emergió una mañana después del baño y yo me reí y más tarde le dije que yo quería saber bien a bien la clase a la que ella pertenecía. Me lo dijo en la cama mientras entrábamos uno en otro y yo me seguí riendo como se ríen los que se asustan de una gran revelación y porque, en efecto, tenía razón en lo que a mi senomancia se refería. Hablamos largo mientras hacíamos un amor lleno de fantasías inconfesables. Evelia era una mujer obstinada, generosa y le gustaba tejer historias de rara sensualidad mientras nos amábamos. Fue la tarde en que le dije que quería tener un hijo y en que ella quedó embarazada, convencida de que ése y no otro era nuestro lugar en el mundo, ese día de ese año de nuestras vidas.

—Será niña —me dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque si hay dos orgasmos el ph vaginal cambia, se vuelve ácido permitiendo que vivan las y de los cromosomas, que producen el sexo femenino.

—¿Cómo sabes todo eso? —le pregunté enamorado.

—Lo sé porque te quiero y porque compro la revista *Medix*.

Celebramos la senomancia y el embarazo, aunque en realidad, más que una celebración, se trató de una dura profecía.

La teoría de la senomancia trajo a la casa vientos extraños. Una mañana el desconsuelo alcanzó a la esperanza del hijo que vendría.

—Si hubiera dedicado a estudiar la mitad del tiempo que le he dedicado a mis pechos, hubiera sido Hegel —me dijo con una mano en el vientre, otra vez, como si fuera a hacer un enceste genial.

—El viejo Hegel —le dije imitando un tono de nostalgia, como cuando uno piensa en algo que se acabó para siempre—. ¿Quieres decir que Hegel inspiró su Fenomenología en los pechos de las mujeres?

No me oyó; a cambio, me hizo una pregunta que había fermentado durante los seis meses de embarazo en su cuerpo de madre:

—¿Te parezco una gorda sensual?

—Totalmente —le respondí.

—Te lo pregunto en serio.

—Te respondo en serio: totalmente.

Cuando solté mi adverbio ella empezó a llorar por la desaparición de su cuerpo, el cuerpo que seis meses atrás cargaba con una mezcla feliz de modestia y orgullo. Creí ver en el fondo de su pregunta algo más que empezó a latir con la ilusión de un hijo. Lloraba porque ya nunca volvería a usar blusas transparentes, porque la vida nos había expulsado hacia la ruta adulta, con sus compromisos y sus ambiciones, su sabor a miedo y cosa planeada en el calendario de la edad, su exactitud biológica de nueve meses. Lloró porque habíamos perdido la pasión elemental pero imprescindible de la juventud. Entonces le dije algo que también le habría dicho años atrás:

—Mira: uno tendría que caminar muchos días, subirse al metro en la estación más congestionada, atravesar ríos caudalosos, pasar por desiertos calcinantes, caminar de noche por selvas llenas de fieras para encontrar a una mujer más hermosa que tú.

Atravesamos la selva de estas incertidumbres enredados en una madeja de nombres para nuestro hijo. Recorrimos el santoral de ida y de venida, los nombres de bisabuelos y abuelos y tíos en una rara voracidad

de bautizo e inauguración sin que ninguno convenciera nuestra vanidad progenitora. La selva de la que hablo era exuberante: los rincones guardaban chambras rosas y azules, los libreros ensayos pedagógicos sobre el embarazo y el primer año del bebé; la memoria, nombres que evocaban la emoción tan real como etérea de un hijo. Recuerdo que en esos días dije algo que nunca pensé decir y que le oí a mi padre innumerables veces:

—Se ha perdido la tranquilidad en esta casa.

Una de las noches del octavo mes, mientras ella se untaba crema de cacao en el vientre, sonaban, por supuesto, “Las Cuatro Estaciones”. Ella me pidió una cápsula sobre la vida. Hice lo mío, me puse la mano en la boca a modo de altavoz y empecé:

—Mira —le dije— recuerdo ahora la tarde exacta en que mi padre me llevó al circo. Junto con mi padre y conmigo había dos niños más, los hijos de la novia de mi padre. Junto a las tres pistas en las que se desarrollaban las acciones había otra pista, la de las emociones. Me sentí frente a estos niños con la ventaja de la legitimidad. Pero de golpe esa ventaja, que no ejercí en ningún momento, se volvió mi propia desventaja, algo que tenía que ver con la injusticia o la deslealtad. Nunca le hablé a mi madre de aquel episodio, pero sé que ha regido mi vida de varias formas invisibles y contundentes. Tienen que ver con todo lo que me envenena, con lo que no soporto: la traición, la irregularidad y, acaso, la mentira. Seas como seas, si logras que tus ventajas no se vuelvan paja para el fuego del dolor, si puedes hacer que tus atributos no se conviertan en infiernos futuros, entonces podrás darte por bien servido y nunca te ocurrirá lo que me pasó la tarde del circo. Recuerdo que estos niños me trataron con gran respeto, festejaban, en el fondo y sin mala intención, que por una tarde, frente al malabarismo, los domadores y el trapecio la lealtad y la deslealtad fueran la misma cosa.

Recibimos a Natalia una tarde, a las seis, en el hospital San José. Cuando la vi a través del vidrio del cunero alumbrada por un foco deslumbrante que sólo he visto en taquerías prestigiosas, estuve seguro que Evelia me había engañado con un coreano. Mi hija tenía los ojos orientales y la piel apiñonada de las orientales. De inmediato le mandé una cápsula sobre la vida:

—Muy bien, Natalia, aquí está el mundo —le dije.

Esta vez apoyé mi cápsula con otros materiales. Saqué una foto Kodak de la familia y la pegué en el vidrio que nos separaba.

—Esta que está aquí es tu tía Licha. Sí, esa tarde estaba triste. El de atrás soy yo. Estuvimos muy contentos esa tarde, casi no nos gritamos, sólo cuando fue necesario. Las familias son grupos de personas, hijos de los mismos padres y madres que acostumbran quererse y odiarse con la misma intensidad y frecuencia. Ah, mis ojos. Es que era una comida y brindamos varias veces en el curso de la tarde. Aquí ya eran las seis. Sí, después canté “Mundo raro”, que tú ya conoces.

Cuando pensaba hablarle de sus abuelos, la enfermera que cargaba a Natalia, la alejó del vidrio y cerró la cortina detrás de la cual sólo quedó la luz del foco de la taquería de prestigio.

Más tarde la trajeron al cuarto amarrada en una sábana blanca. Le pregunté a Evelia:

—¿Por qué los amarran?

—No está amarrada —me dijo—, está muy bien envuelta para que no le dé un aire.

—No es muy grande —dijo mientras la desamarraba.

—Suficiente para nosotros —la cargó y se la llevó al pecho.

—No necesitamos una niña grande que lllore como si tuviera en sus pulmones el sonido local de un estadio de fútbol. Todo lo grande cuesta muy caro. Hay que pensar en la inversión del talco y el aceite. Si fuera muy grande necesitaríamos toneladas de talco y litros y litros de aceite, de marca Johnson por supuesto, además de una escalera para aplicarle estos productos al gran bebé y prevenir las rozaduras.

—Y grandes cantidades de algodón —me dijo. No tenemos tanto dinero.

En los días que siguieron a la llegada de Natalia recibimos pruebas de afecto que almacenamos en el clóset para usarlas en el tiempo en que nuestras crisis de soledad y autoestima se adueñaran de nuestras vidas. Los amigos nos felicitaron. Uno de ellos me preguntó que qué era la paternidad. Le respondí que le vendiera el tema al programa de televisión “¿Y usted, qué opina?”, pero ensayé una respuesta como se ensaya un experimento.

—Imagínate que caminas por una calle y encuentras a un amigo que hace años no ves y te dice: “Por cierto, tengo una gran plaza de toros que por el momento no utilizo, ¿te gustaría tener una?”. Y tú le dices: “Sí, sí, siempre quise tener una gran plaza de toros”. Y él te dice: “Tiene capacidad para sesenta mil espectadores, lo cual la vuelve la más grande de América Latina. El acceso es increíblemente fluido, los baños espa-

ciosos; las taquillas, lo más funcional que se ha visto desde el Día D". Y tú le dices: "Yo siempre quise tener túneles confortables". Y él termina: "La plaza es tuya, no se diga más". Y entonces ahora tienes una plaza con un sindicato corrupto, goteras en los túneles y baños azolvados. Hay que pintarla porque su estado es deplorable, negociar con el sindicato, promover las corridas, tratar con los ganaderos, que son seres muy extraños, y no puedes encontrar a nadie que te solucione las cosas. Y, al final, descubres que tienes una inmensa, grandiosa, inolvidable plaza de toros de color rosa. Tener un hijo es lo más parecido que hay a una situación como ésta.

La felicidad que siguió es indescriptible. ¿Quién puede describir a un hombre y a una mujer caminando en la madrugada como si estuvieran narcotizados, mientras un bebé de tres kilos llora en una cuna rosa? ¿Quién puede describir la felicidad que se desprende del hecho simple que consiste en aplicar aceite Johnson a las tres y media de la mañana para evitar la rozadura?

Que todo se paga se demostró después. Los historiadores saben que los cambios en las costumbres llevan siglos. A nosotros nos costó solamente dos años. Una mañana, muy temprano, Evelia y yo nos abrazamos con lágrimas en los ojos:

—¡No es posible! —me dijo. —Dormimos siete horas seguidas.

Pero yo entré a la vigilia invadido por la tenacidad y el optimismo de un vendedor de seguros La República.

—¡Al parque! —grité, como si hubiera tenido una revelación—. Los niños necesitan actividad, estímulo sensorial.

Y llevé a Natalia al parque, que incluye una pequeña feria de juegos mecánicos. Lo primero que vimos Natalia y yo fue a un niño que salía de atrás de una banca —en los parques es común encontrar niños que salen detrás de las bancas— y le pedía a gritos a su madre una pelota. No me pareció una ambición desmedida obtener una pelota. El niño le jaló la falda a la madre al menos unas seis o siete veces.

—Deja de molestar —la madre lo zarandó como si quisiera despertarlo de una pesadilla. —Vete a ver a los patos—, en el parque del que hablo hay un lago con patos enfermos que por las noches dan batallas furiosas contra las ratas que les roban su comida.

Fue entonces cuando un impulso incontrolable me dominó y encarné en un defensor de la Carta Internacional de los Derechos del Niño y mientras pasábamos frente a ellos le dije a la mujer:

—Oiga, no maltrate así al niño—. Sentí un coraje genuino, como si me hubieran robado mi coche.

—A usted qué le importa —me respondió la mujer dándome a entender que el niño era su propiedad privada.

Me sentí un gran padre. Acaso por este motivo le aventé la maldición como si fuera una bomba:

—Todo se paga en esta vida, no lo olvide.

—No se paga nada y no se meta en lo que no le importa.

Mientras caminaba con Natalia hacia el carrusel tuve que aceptar que, en efecto, nada se paga. Las finanzas del alma de las que hablaba mi amigo son imposibles. No hay auditorías internas en la vida de los hombres. No hay un departamento de cobranzas que exija el pago de asuntos pasados. Pero la máxima de Evelia era una protesta, la invocación de un tiempo en el que se cobraría la injusticia, la mezquindad y la estupidez de la vida. Y rebelarse ante las cosas que no van bien es una práctica que no debe descartar la memoria.

Natalia y yo dimos vueltas en el carrusel de la misma forma en que las finanzas del alma giraban en mi cabeza. Como todo en la vida, el carrusel no sólo incluía caballos sino, también, focas, mariposas, leones, gatos, osos, todos voladores —las alas les dan a estos animales una apariencia fantástica, más bien monstruosa. Natalia eligió primero una foca, luego cambió por una mariposa y, al final, ya en movimiento y con peligro de abismarnos en el vértigo de las vueltas, se enamoró de un caballo rosa.

Luego de la zoología fantástica, Natalia exigió otro juego regido por el mismo principio: los coches antiguos. Nos subimos a una imitación tristísima de un packard —sobra decir cómo me veía a bordo de ese packard azul. En la quinta vuelta dije esto:

—Diles adiós, adiós.

Fue entonces cuando vi a mi amigo Morales entre la intermitencia de los círculos que dibujaban los brazos del juego. Morales me vio como si tuviera enfrente una imagen dantesca. Cuando bajamos de la plataforma, Morales me saludó, me dio dos palmaditas en la espalda que, estoy seguro, tuvieron que ver con sentimientos ancestrales como la compasión y la lástima.

Entonces me di cuenta de que llevaba las bolsas de los pantalones llenas de un arsenal de placeres y caprichos: unas gomitas con forma de osito panda, una paleta de payaso —las famosas paletas pa-pa-

pa-payaso—, dos pelotas de esponja, un huevo de chocolate italiano carísimo del que sale, no el tradicional pollito sino objetos en miniatura para armar— estos juguetes pueden ahogar a cualquier niño cuya oralidad sea como la de Natalia, voraz y devastadora—, unos lentes oscuros para niño cuya peculiaridad es que llevan pegados dos conejos en los goznes. En una mano llevaba la mano de Amelia: en la otra, el hilo de un globo con forma de corazón y un frasco de gerber con un líquido rojo —que me manchó el pantalón. Cuando soplé hacia el aro cubierto de hilo salió un ejército de burbujas y me encontré a Pichardo, que llegaba con su hijo al parque. Me dio un abrazo como si nos hubiéramos sacado los pronósticos deportivos.

Por algún motivo que nunca podré desentrañar, Natalia amaba a Tribilín, el auténtico personaje de Disney. Cuando regresamos a la casa, la madre de Natalia hablaba por teléfono. Prometí buscar a Tribi, entre las montañas de los sillones. Lo rescaté y volví al cuarto, pero era demasiado tarde, Natalia vació el talco en el suelo. Una capa de nieve cubrió la alfombra.

—¡El talco! —exclamé: —¡el talco Johnson! —repetí para dar mayor énfasis.

Como pasa con algunos amores, Tribilín quedó olvidado. Entonces sucedió lo siguiente: Natalia agarró un rompecabezas, trató de armarlo y lo tiró al piso; fue por una muñeca, le dio unas palmaditas para que no llorara y la lanzó contra el juguetero; recogió un libro y me pidió que se lo contara, cuando empecé, se bajó del sillón y descubrió la crema hipoalérgica Mulsiones, me pidió que le untara la cara y eso hice; después, dio un paso en falso y se cayó —nada grave—, se sobó la cabeza, se levantó con gran decisión y alzó la casa de los osos, a quienes regañó con una severidad que nunca comprendí. Al final, trascendió la frontera de su cuarto, tiró los cojines de los sillones, prendió una lámpara de mesa, apretó los botones de la videocasetera y remató sacando del librero una edición de *El rojo y el negro*.

—No te metas con Stendhal —le dije.

Puse en su lugar a Stendhal, pero para entonces ya había sacado a Louis Ferdinand Celine. Desencuadernó *Viaje al fondo de la noche* y ejerció la crítica literaria sobre otros dos autores que no mencionaré en esta ocasión.

Ante el peso de las evidencias acepté que era un día feliz. Decidí, por lo mismo, romper ciertas reglas rigurosas, como no beber antes de

que oscureciera. Puse en un plato dos limones partidos por la mitad, una copa de tequila, una cerveza de bote y un salero. Mientras ocurría esta victoria de la autoestima y la capacidad para gozar la vida, Natalia abría y cerraba la puerta de su cuarto. No me extenderé en esto porque todo mundo conoce la historia de los dedos y la puerta. Vino la revisión cuidadosa de falanges y falangetas. “No ocurrió nada”, pensé, “pasemos al tequila”.